



"Nuevo Mundo" 4 marzo 1929

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo II

A VISPAS, ABEJAS Y MOSCAS

EN mi último comentario se imprimió aquí por dos veces *Las Abejas* refiriéndose á la comedia de Aristófanes, que se llama *Las Avispas*. Y estoy casi seguro de que por esta vez el error no fué mío, y eso que suelo cometer, por inadvertencia, confusiones grandes. Pero acababa de leer la comedia, en su original griego, por supuesto; la tenía ante los ojos, y sé muy bien que *Spheces* no es *Melittai*; avispas no son abejas. Ni sé por qué me lo corrigieron.

COMENTARIO DE UNAMUNO

Te juro á la vez, lector, que esto no es un truco para hablarte hoy de abejas y avispas. Hace poco, en otro artículo donde decía cómo un cochero me preguntó si me llevaría «al mismo hipódromo», el oficioso corrector se creyó en el caso de alterarlo é imprimir «al hipódromo mismo», para que se viera mejor la captación del artículo por parte del hipódromo, sin percatarse de que es así como no se ve, pues hace falta demasiado fino oído para distinguir «al hipódromo» de «el hipódromo». Y lo que se me dijo es si «al mismo hipódromo».

Pero ya que la oficiosidad del corrector ha confundido las abejas con las avispas, sigamos el hilo. Que una corrección indebida, como á las veces una errata, es tan generadora como la rima.

Aristófanes comparaba á los jurados que no sabían tocar la cítara, á los condenadores de oficio, con avispas y no con abejas. Las avispas no ponen miel para el hombre.

Y hasta en cuanto á las abejas... Maeterlinck, en su bello libro sobre *La vida de las abejas*, encomia el heroísmo lógico de estos animalitos, que si se les mete en una botella y se pone ésta en lugar obscuro con la boca contra la luz, la abeja, razonando que donde está la luz está la salida, muere bregando contra el fondo de la botella, mientras que la atolondrada mosca se pone á volar en su prisión y halla la salida. Es decir que la abeja, animal lógico, ó sea estúpido, hace un silogismo sobre la premisa de que donde está la luz está la salida y perece en su prisión, mientras que la mosca, animal estético, convencida desde luego de que su prisión, su pequeño mundo no tiene salida, la encuentra poniéndose á pasear en él. Y además, la abeja hace la miel y la mosca se la come.

Pero la abeja que hace la miel y zumba con las alas, pica además. Por lo que se dijo del epigrama: «A la abeja semejante—para que cause placer—el epigrama ha de ser—ligero, dulce y punzante.» *Epigrama*, ¿eh?, esdrújulo, y no *epigrama*, llano—como *telégrama*—, pese á la Academia, que se empeña en hacer que lo acentuemos á la latina y no á la griega, que es como si se empeñara en que dijéramos *filosofía*, con cuatro sílabas.

La abeja puede ser el simbolo de la ironía. Y la ironía es lo

que más temen los beocios de todas clases. Tengamos lo de aquel que interrumpiendo su patriótica arenga se volvió al tercero de la fila, á quien le suponía de espíritu ático, y le interpeló: «¿Qué? ¿Y se sonríe usted?» Y como el interpelado lo negase, añadió: «Además cobarde, porque se está usted sonriendo por dentro.» El muchacho se quedó

meditando en eso de la sonrisa interior, de la sonrisa contenida. ¡La sonrisa interior! Es el triunfo de la ironía. Y más cuando adopta un exterior muy serio y hasta fúnebre.

«¡Esto está envenenado!», exclamaba otro cada vez que tropezaba con algo que no entendía bien. Y no hay nada más peligroso que tener fama de intencionado, de ironista.

Pero si la abeja, la que hace la miel y zumba, pica, la mosca, la que se come la miel y vuela en silencio, molesta. Molesta y transmite no pocos gérmenes morbosos.

¿Y la avispa? Tenemos menos trato con las avispas y las conocemos peor. La avispa es una especie de abeja montaraz y selvática, no domesticada, quién sabe si no una abeja cimarrona. Y la avispa no debe de ser capaz de sonrisa interior, de ironía. Así como tampoco sabemos qué es lo que haría una avispa metida en la ya mencionada botella y con la salida á contraluz.

La avispa aristofanesca, la que vivía de picar, pero sin dar miel, esa avispa no cabe decir que sea muy lógica. Sus resultandos y considerandos, sus gerundios procesales, no son verdaderas premisas silogísticas. Y, desde luego, no se saca ni miel ni cera de ellos.

En cuanto á la mosca... ¡Ah! La mosca merecería no un capítulo, sino todo un tratado aparte. En mis *Recuerdos de niñez y de mocedad* he hablado de ella, porque á las moscas debo no pocas enseñanzas. Las moscas fueron, en mi niñez, uno de mis juguetes favoritos, un juguete vivo. ¡Y hay que ver á una mosca oculta entre las patitas de una ligerísima pajarita de papel, de un solo dobléz, y hecha con un papelito de fumar, pegadas sus alas á aquellas patitas, arrastrar el pequeño artefacto! A media luz y sobre un suelo obscuro es juego de grandísimo efecto, que sorprende y cautiva á los mayores, que no sospechan el artificio, y no engaña á los niños, que lo adivinan al punto. ¡Los recursos deportivos que se obtienen de una mosca! Desde luego, más que de una abeja. Porque la abeja, si da cera para hacer cirios, no se presta á ciertos entretenimientos. Es, sí, más poética que la mosca, pero menos estética y acaso menos retórica.

Bueno; pero no se crea el lector que me estoy sonriendo por dentro. Estoy revoloteando sin zumba, como una mosca.

MIGUEL DE UNAMUNO

Elegancias

